

Ser, y
contar

10

Juan y Juan

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS
Iris Rivera

ILUSTRACIONES
Carlos Bonardi

COLECCIÓN 2018 - CUENTO Nº 10



Esa tarde, Juan llegó a la orilla y en el agua del lago vio a Juan. Ancho era el lago de Juan, largo. Cerca de la orilla se transparentaba el fondo, pero lago adentro ¿qué tan profundo era?

Sobrevolado por aves que se llamaban a gritos, rodeado de una playa pedregosa, bordeado de árboles. Así era el lago de Juan.

Esa tarde el viento estaba calmo y el lago parecía un espejo.

- Voy a nadar- oyó Juan que Juan decía.

Juan se alarmó.

- ¡Es peligroso!

Ese espejo tan espejo sabía hincharse y deshacerse en olas gruesas y revueltas.

Pero Juan insistió.

- Yo voy a nadar.

Y le dio la espalda a Juan.

Juan lo vio zambullirse, emerger unos metros más allá. Vio que braceaba Juan, que pataleaba.

Juan se dejó caer sobre una piedra de la orilla transpirando frío. Su corazón trotaba. Veía pasar las nubes, los teros, las bandurrias. Todo parecía mal presagio para Juan.

Y Juan braceaba lago adentro. Mientras Juan miraba cómo amenazaban las hojas, las ramas, el agua. Todo era aviso de peligro porque...

...¿y si el lago sube?





Y el lago empezó a subir. Frente a la piedra donde estaba Juan, frente a sus ojos se iba levantando como si fuera un edificio de agua. Estaba subiendo. Cada vez más alto el lago y Juan en el medio. Toda el agua junta se elevaba. Más alto, más. Hasta que el lago entero se desprendió de su cauce dejando una ancha y larga y profundísima hondonada seca.

El agua seguía subiendo y Juan ¿seguiría braceando allá arriba? Estaría pidiendo auxilio, ahora que ya no vería las montañas porque las había sobrepasado. Y mucho menos lo vería a Juan.

El lago tomaba altura como los globos encendidos que se echan a volar en Año Nuevo. Juan transpiraba en la orilla.

¡Juan, Juan!... ¿y si ahora el lago baja como catarata?

Y el lago se precipitó por uno de sus bordes como si hubiera sido el Iguazú.

Ah... Juan estaría siendo arrastrado. Triste corchito sería, supuso Juan. ¿Era un grito de Juan eso que se confundía con la voz de las bandurrias?

-¡Nooooo!- gritó Juan a su vez, y se llevó una mano húmeda hasta la frente transpirada.

... ¿y si la catarata se enrosca como un rulo... y si se hace remolino y chupa?

La catarata dio un respingo de agua, se enrolló sobre sí misma y empezó a caer. Ah... el corchito Juan sería aspirado por el embudo. Giraría en círculos. Un giro grande, otro más chico, más chico, más chico, más...

... ¿y eso?

¿Eran gritos de Juan esas voces roncacas? ¿O era el graznido de los patos silvestres? Ah, esos patos no sabían pensar. En cambio Juan...

-¡Nooooo!- gritó otra vez y la transpiración le pasaba la ropa. En eso ve que el agua del embudo se aleja de su centro y va tomando forma de tobogán gigante. Juan alarga los ojos, pero no distingue a Juan. Ve el tobogán de agua que va llenando el pozo hasta que queda poco lago arriba, todo lago abajo y en el último poco viene Juan. Como quien se divierte, baja de panza.

Juan desemboca a metros de donde Juan transpira y el aire no le pasa.

Ahora Juan lo está viendo. Lo ve bracear hacia la piedra donde se ha vuelto a sentar por no caer redondo. Y Juan bracea entre el grito de las bandurrias, de los teros y patos.

Por entre las ramas que el viento hamaca locas, Juan lo ve venir. Bajo el temblor verde de las hojas Juan llega, sale del agua. Se va acercando a la orilla de Juan. Es una orilla pedregosa donde el fondo de Juan se transparenta.

Juan frente a Juan. Uno chorrea sudor. Otro chorrea lago. Cuando la última gota acaba de gotear, Juan se decide: -Voy a nadar- aclara. Y se zambulle en Juan.

